

Núm. 52

# Ayuntamiento de Madrid



art. 29, pasado mañana tiene mi renuncia el Sr. Moret.

¿He hecho yo algo lícito, decoroso, por ser designado candidato? Antes he rehusado varias veces esa designación. ¿He solicitado con nadie el ser elegido por el art. 29? Llegué hasta la descortesía para con algunas personas para no dar ni pretexto á bellacas, maliciosas suposiciones.

A pesar de ser perfectamente honrada y legítima mi elección, con arreglo al artículo 29 de la ley electoral, sentí escrúpulos por haber combatido ese artículo en *El País*, y hubiese renunciado el acta, si no me hubiesen disuadido consejos de amigos y estas dos consideraciones:

1.º Que habría en mi renuncia una censura injusta á los Sres. Azcárate y Santa Cruz, diputados por el art. 29, y á los muchos republicanos que han sido concejales por esa forma de elección; y

2.º Que se atribuiría á vanidad, á deseo de exhibición y á procurar asegurarme un puesto en elecciones generales á cambio de renunciar á un triunfo parcial y para muy poco tiempo.

El agradecimiento obliga á hacerse digno del favor recibido, no indigno de él, callando mis ideas, callando mis arrebatos y dejando, por consideraciones y conveniencias, indefensa á la Prensa.

Mientras yo sea diputado, no se herirá en mi presencia á ningún periódico, carlista ó liberal, republicano ó monárquico, sin salir yo á su defensa. A eso me creía obligado, por gratitud á la benevolencia con que todos los periódicos acogieron mi designación.

Lo que he dicho en el Congreso, y que sólo rectificaré cuando se me pruebe allí, allí que es donde yo puedo atacar y defenderme, que no tengo razón. Creí que sobreponiéndose á mezquinas pasiones, me lo aplaudirían todos los periodistas, porque hasta á los más escandalizados ahora les llegara su San Martín. Ya anoche *El Mundo* censuraba la aplicación del *derecho nuevo* á un colega que no es del *truts*. ¿Es que en la novedad esa no hay derecho? ¿Es que se ha hecho para una determinada empresa? ¿O es que se acoge ese periódico al criterio que expresa la frase: «Justicia. y no por mi casa!»

Devuelvo á *El Mundo* sus elogios, y no le pido que me devuelva mi dignidad de republicano, de político, porque esa dignidad no me la puede quitar lo que él diga, si no lo que yo haga.

ROBERTO CASTROVIDO

¡Bien, muy bien!

Mi enhorabuena á Castrovido por haber hecho resonar en el Congreso la nota de la vehemencia y de la pasión con que debe defenderse la causa del Pueblo. Con dos ó tres diputados de ese corte, y otros dos ó tres del corte de Rodrigo Soriano, y otros tantos del corte de Pablo Iglesias, habría bastantes para romper con los convencionalismos que hacen ineficaces los sacrificios de la masa popular en las luchas electorales.

Un escándalo diario, ya que desgracia-

damente hay materia sobrada para cinco ó seis, y á no dejar vivir á los gobiernos que están llevando la nación á su ruina completa.

Así se les detendría un poco en su marcha funesta, así se mantendría vivo el espíritu popular, y así se demostraría que aún quedan en España hombres que no se prestan á servir de comparsa á los monárquicos haciendo una oposición de Ateísmo en un Congreso político.

Bien, vuelvo á repetir. Siga Castrovido por ese camino y alcanzará en el Parlamento el merecido renombre que tiene en el periodismo.

JOSE NAKENS

## Sueño realizado

Si cuando comencé á escribir *EL MOTIN* me hubiesen dicho:

«Llegará un momento en que no habrá sacristía donde no te maldigan, convento donde no te execren, beata que no te muerda, beato que no te injurie, pulpito donde no te anatematicen, obispo que no te excomulgue, periodista clerical que no pida tu cabeza, yo habría contestado con el poeta:

¡Lástima grande

que no sea verdad tanta belleza!

Pero, no; es imposible: la felicidad no es de este mundo, y esa excedería los límites de la soñada por los creyentes en el cielo.»

Y, sin embargo, yo me hubiera equivocado al responder eso, porque la estoy tocando actualmente ¡Y en qué medida! Para formarse una idea imperfecta, léase el siguiente artículo publicado en uno de los últimos números de *La Trinchera*, semanario carlista de Barcelona:

## ¡Por última vez!

*En anteriores ediciones, hemos venido ocupándonos de la campaña asquerosa é inicua que contra nuestros ideales hace tiempo sostiene ese mal nacido que se llama Nakens.*

*Hemos dicho ya cuanto teníamos que decir, y conforme suponíamos, ese cobarde, ese sinvergüenza sigue en su actitud irritante y provocadora.*

*Entendemos, pues, que ha llegado la hora de dejar en reposo la pluma, para que quien tenga vergüenza cumpla con su deber.*

**Por última vez nos dirigimos á ese canalla, á ese degenerado, á ese hampón, para comunicarle: ó á callar ó á dar la cara. La hombría no se sostiene**

*sólo desde el periódico, sino frente á frente.*

*Calumniar, vejar á unos hombres y luego esconderse, es equipararse á las mujercuelas que desde un balcón presumen de ineducadas.*

**Por última vez vertemos sobre él todos nuestros insultos ciscándonos en su chulapería y en la de todos los suyos.**

**Por última vez, exigimos que se tape la boca á ese vividor infame, á ese amparador de asesinos, á ese viejo indigno de toda consideración.**

**Por última vez hablamos ya de Nakens vivo.**

**¡Por última vez!**

HOJITAS EN PUERTA

## Glorias del Carlismo

Desde que saboreé ese artículo, no pensé en otra cosa si no en ver si hallaba manera de corresponder dignamente á las alabanzas que en él se me prodigan; y ya desesperaba de conseguirlo, porque todo cuanto se me ocurría parecía inferior á su magnitud. cuando se me ocurrió publicar unas *Hojitas* á estilo de las *Piadosas*, para difundir las *Glorias del Carlismo* por toda España y toda América, á fin de que no haya rincón donde se hable la rica habla castellana, por apartado que sea, donde no las admiren y las canten.

Sé que ni con esto pagaré cual se merece Homenaje tan hermoso, pero demostraré que no soy de los que dicen que la ingratitud es la independencia del corazón.

Es la única independencia de que no he disfrutado en mi vida. De todo el que me ha hecho un favor he sido esclavo constante, sin perjuicio de pagárselo en la mejor forma que he podido.

Considérenme de hoy más como tal esclavo los carlistas para todo lo que sea cantar y difundir sus glorias; sintiendo únicamente no disponer de tantos años como tenía por delante cuando cumplí los veinte, para gastarlos todos en su honra y servicio.

## Un buen deseo

De buena gana repartiría gratis las *Hojitas* de las *Glorias del Carlismo*, que en otro lugar anuncio; mas ¡ay! no me es posible.

Si alguna vez he sentido no haber robado siquiera tanto como el cabecilla carlista que menos, es ahora.

¡Pobre de mí! ¡No haber heredado de



cualquier señor Buffi, veinticinco mil duros como *El Correo Español*!

Y á propósito: ¿Se les ha dado ya la aplicación debida, ó siguen en poder del señor en cuyas manos se depositaron? ¿Ha influido algo ese medio millón de reales en la trapatiesta últimamente armada en el carlismo?

Porque me han escrito desde Barcelona unas cosas...

Mas ya hablaré de ellas en otra ocasión.

### QUE APRENDAN DE NOSOTROS

Por delitos de lesa majestad han sido condenados el director del periódico *Región Cantabra*, D. Isidro Mateo, á ocho años y medio de presidio mayor y 500 pesetas de multa, y el presidente de la Juventud Radical, menor de diez y ocho años, á dos años, cuatro meses y 500 pesetas de multa. Ambos suscribieron un artículo publicado en aquel periódico.

Aprendan, aprendan de nuestros gobernantes los de esos países que se llaman civilizados, como Alemania é Inglaterra, y que permiten que se hable de sus reyes y se les ponga á menudo en caricatura.

Las monarquías sólo pueden sostenerse por los procedimientos que aquí usamos. Ocho años á presidio el escritor que diga algo que pueda juzgarse ofensivo para una persona á quien, por la altura en que se halla, no pueden llegarle ciertos ataques.

De este modo se vela por los prestigios de la corona; no procurando asociar el nombre del que la lleva á reformas y adelantos que fortalezcan y engrandezcan la patria.

Pero, anda, que así se ven ellos: abrumados de riquezas, poderosos y respetados; mientras nosotros repletos de hambre, de debilidad y escupidos por todo el mundo.

En el pecado llevan la penitencia.

## Problema jurídico

El principio de derecho que ordena corresponda al acusador la prueba de su aserto, es justo en lo que atañe á las relaciones privadas. Ningún particular ha de ser considerado como delincuente sin prueba de delito. Nadie tiene derecho á inmiscuirse por propia autoridad en la conducta del prójimo. El supuesto legal es favorable al acusado y adverso al acusador. A este compete demostrar lo que afirma ó atenerse á las consecuencias.

¿Sucede lo mismo en las denuncias de abusos, excesos, violencias, irregularidades ó chanchullos que suele hacer casi á diario la Prensa periódica? Manifiestamente no. Aquí el denunciante procede, no sólo en uso de un derecho, sino en cumplimiento de un deber, en ejercicio de una función. Aquí el denunciado no

es un particular que á nadie debe, fuera del caso del delito, cuenta de sus actos, sino un funcionario que debe á la opinión satisfacción cumplida, aun tratándose de la más infundada sospecha. Aquí lo discutido no es la conducta privada de un individuo que, de una manera directa, poco ó nada importa á los demás, sino la conducta pública de un órgano del Estado que interesa á todo el mundo.

La máxima jurídica, según la cual todo acusado es tenido por inocente á menos de prueba en contrario, no puede aplicarse á este caso. Si la misión principal de la Prensa consiste en velar por el bien público, el carácter de oficiosidad y entrometimiento que hace como de menor calidad jurídica la condición del acusador privado, desaparece. La acusación pone frente á frente, en condiciones de igualdad, dos intachabilidades: la del funcionario acusado y la del periodista que acusa. La inocencia del uno supone la culpa del otro. Existe necesariamente infracción ó calumnia. La presunción legal no puede sin injusticia prejuzgar el fallo.

La equidad y la prudencia, ordenan proceder en esta ocasión de la manera que mejor cuadre á los intereses públicos. Si se obliga al periodista á dar prueba plena de todas sus inculpaciones, se frustra la misión inquisitiva y fiscalizadora de la Prensa. No es uso que los desafueros se cometan ante testigos y escribanos. Corresponde al periódico hacerse eco de las quejas razonables, de las acusaciones verosímiles, hasta de las sospechas fundadas, sin que le sea posible en cada caso comprobar por sí mismo la exactitud de los hechos. Exigir semejante comprobación equivale á amparar con la impunidad todos los abusos de la pública administración y expedir á sus funcionarios patente de corso.

Si la prueba de la ajena culpa es la más de las veces imposible para el denunciante, siempre es fácil para el denunciado la demostración de la propia inocencia. Un empleado puede siempre justificarse. Todos los actos administrativos van acompañados de formalidades, de garantías susceptibles de servir de medios de prueba. Demostrando su inculpabilidad, el funcionario no hace sino cumplir la obligación que tiene con el país. Nada hay en ello que pueda estimar desagradante. Lograda su justificación, quedándole expeditos todos los caminos legales para perseguir la difamación y castigar severamente la calumnia.

Nada hay entre nosotros tan frecuente como el que, ante acusaciones reiteradas y concretas de excesos y demasías, en vez de informarse, depurar la verdad y poner en su caso el oportuno correctivo, apelen los gobiernos á los buenos oficios del ministerio fiscal. Gobernantes que así proceden no cumplen su deber, ni defienden los intereses del país y los derechos de los ciudadanos, ni velan por el decoro de la pública administración. El procedimiento no puede ser más cómodo. Gracias á él, quien cumplió su misión denunciando el abuso, se ve amenazando por la

pena que mereció el culpable. Truécanse los papeles. El acusado se transforma en acusador. El mundo jurídico se convierte en el mundo al revés. Los sospechosos persiguen á los inocentes. La opinión se ve amenazada de castigo. La ley se hace cómplice del desafuero y la justicia se halla obligada á proteger la iniquidad.

La libertad de la Prensa parece ya á los más secundaria y de poca monta. El vulgo apenas si ve en la Prensa otra cosa sino el rotativo con sus interés de empresa ó el diario político con sus intereses y sus pasiones de bandería. Y no es eso. En su función crítica y fiscalizadora la Prensa se llama todo el mundo. Es el atropellado que protesta, y la víctima que solloza, y el perjudicado que reclama, y el justo que requiere, y el humanitario que implora, y el patriota que vela, y el prudente que advierte y el censor que juzga y condena. El interés de la Prensa es el interés común, su libertad el derecho de todos. ¿Qué le queda á un pueblo que no tiene voluntad para querer ni menos para obrar, si le quita además la voz para demandar y el aliento para gemir?

ALFREDO CALDERON

## LO UNO TRAE LO OTRO

¿Pero cómo no ha de haber carcas asesinos en un país donde todavía aparecen gandules ó chiflidos que viven del oficio de anacoretas, sin haber una autoridad que los lleve á un manicomio, los meta en la cárcel, ó les ponga en las manos un azadón?

Ahora se exhibe uno en Bagoña en un horno de maíz, y las gentes van á verle, y hay quien lo tiene por santo.

Más que indignación, va produciendo va asco tanta estultez en los unos y tanta farsa en los otros. ¿Si llegará un día en que la palabra español será sinónima de las de cafre, caribe, etc. y hasta de la de fraile, que sería ya el colmo del salvajismo?

## LA GRAN CULPABLE

Si hemos de creer á ciertos espíritus timoratos, hay en las sociedades modernas algo más pernicioso que el vicio, más triste que la guerra, más odioso que la miseria y más aborrecible que la explotación. Ese algo es la Prensa. Dilapidadora de prestigios, malversadora de honras y derrumbadora de famas, su ariete es la calumnia, su ocupación la injuria, su única afición el ultraje. Votados sus adeptos de por vida á la ruina y el daño ajenos, no se sienten gozosos sino después de haber arrastrado por el fango nombres é ideas, créditos y reputaciones. Tal es su instinto de perfidia y su ansia miserable de iniquidad.

Y ha sido tan profunda en estos espíritus la alarma, que han visto á la Justicia con júbilo decretar un fallo terrible. Este fallo, que ha calmado las inquietudes de los más amantes del orden y que



ha llenado de complacencia á los suspicaces y á los timoratos, ha condenado á un periódico severamente... por haber dado una noticia equivocada y haberla rectificado espontáneamente á los pocos días.

Más condescendiente que nuestros más insignes jurisconsultes, yo ni censuro ni discuto el fallo. Pero, ¡cómo! ¿Es posible que siendo tan grandes las culpas de la Prensa no se haya podido castigar duramente sino un simple error? ¿Cabe en cabeza humana que contándose, según se asegura, por millares los delitos horrendos de los periodistas, la sanción más severa haya recaído sobre el hecho baladí de copiar un telegrama en que se daba cuenta de la fuga de una señorita y desmentirlo con indignación una vez conocida su falsedad? La sentencia es justísima—se dice—. Muy bien; pero entonces hay que reconocer que las culpas más graves de la Prensa son los yerros involuntarios, puesto que son los más rigurosamente castigados. ¿Dónde están entonces los horrendos delitos que se la atribuyen? Porque si ellos de veras existieran, no dejaría de aplicarles sanciones severísimas quien así pena las más pequeñas é involuntarias equivocaciones.

La Prensa hiera, la Prensa difama, la Prensa mata, la Prensa corrompe, ¿Y sólo se la castiga duramente cuando comete una equivocación? No; si hiciera todo eso que se le atribuye, no se esperaría á que se equivocase para que errase contra ella; hace ya mucho tiempo que habría fulminado sobre ella la general indignación y las penas más graves y los castigos más afrentosos. Pero no; ha sido menester que un pobre redactor se distraiga para pedir castigos inauditos. ¿Dónde están los otros delitos que no se han podido encontrar?

Se dirá que ahora solamente se ha querellado un particular. Pero, ¿es que todos los delitos se castigan á instancia de parte? Hay entonces que confesar que todos los delitos de la Prensa quedan reducidos á dos: la injuria y la calumnia. ¿Y no es raro que un periódico que lleva treinta años de publicación haya necesitado que un empleado se equivocara, al ver la procedencia de un telegrama, para ser condenado por este motivo?

No estaría de más que, puesta la mano sobre el corazón, cada lector se preguntara honradamente qué graves perjuicios le había ocasionado la Prensa. Tendría que reconocer que ninguno. Excepto los grandes personajes políticos, á los cuales ni la sátira ni la caricatura han privado de las mayores prebendas ni de la consideración de las gentes, todos los demás ciudadanos no han visto su nombre en las columnas de los periódicos sino cuando los ha facilitado la Policía ó cuando han necesitado ponderaciones y elogios. Los viajes, los casamientos, los sepelios, las instalaciones de industria, las condecoraciones, los ascensos, traslados, publicaciones, estrenos, lecturas y hechos de toda especie, han sido consignados siempre con los más calurosos elogios. Si to-

dos los que deben á la Prensa merced entregarán un céntimo, habría para pagar todas las multas que pudieran imponerla los tribunales en todo lo que falta de siglo.

Pero es que la Prensa puede equivocarse, se dice. Ese caso lo tiene previsto la ley, y para ello concede el derecho, al particular que se cree perjudicado, de rectificar en las mismas columnas. (Ley de Imprenta, artículo 14 y siguientes.) ¿Para qué este derecho si la equivocación causara males irreparables? No. Cada cual puede vindicar en las propias columnas del diario que le ha ofendido su fortuna y su honor. Así el legislador vino á declarar explícitamente que en la Prensa, si puede haber veneno, puede estar la triaca, y que una satisfacción ó rectificación terminante anula los perjuicios que el error ó la malevolencia pudieran cometer.

Si las equivocaciones que la Prensa comete fueran irreparables, no habría tal derecho de rectificación. Tras el error, no cabría pedir para el escritor sino la ruina ó el presidio. Por fortuna, las gentes han venido entendiendo la ley de otro modo, y, al leer algo que pudo molestarles, se han limitado á exigir que se desmienta lo afirmado, que es lo que en la vida particular se hace siempre que corre un equivocado y ofensivo rumor. Y á fe que las rectificaciones han sido siempre tan nobles y tan calurosas como ha podido merecer la conducta del ofendido.

Por eso, en buena doctrina jurídica no cabe querrela de injuria contra la Prensa, sin que haya fracasado previamente ese trámite que previene la ley de Imprenta, y sin el cual la injuria no puede reputarse voluntaria. Si se rectifica espontáneamente y luego el castigo sigue igual, la ley de Imprenta sobra. He aquí un extremo que, después de lo sucedido, á las Cortes toca urgentemente dilucidar.

Ahora van las aguas por otros cauces, y no falta quien pide á voz en cuello la desaparición de la Prensa. Y lo merecería ese tal. Aislado de sus semejantes, sin comunicación con el planeta, viviría en una especie de limbo, sin conocer jamás lo que pasaba á su alrededor. Pero necesitaría, además, suprimir el lenguaje, porque, si las paredes oyeran, no tendrían los mentecatos ni tiempo ni papel suficiente para reclamar indemnizaciones.

Entre tanto, los desapasionados y exentos de rencores dormirían tranquilos, convencidos de que, salvo contadas excepciones, ante una conducta intachable, la calumnia se disipa ella sola.

ANTONIO ZOZAYA

Un joven católico, gerente del diario clerical *La Difesa*, órgano de la Buena Prensa de Italia, ha sido arrestado en Padova por actos graves de inmoralidad en un cinematógrafo.

Me parece, siendo de la Buena Prensa, que tenía derecho á ello, y que estuvo dentro de las prácticas de sus correligionarios.

Por esto no lo censuro.

## Calendario del obrero para 1913

Ha aparecido este librito que con excelente acogida viene publicando nuestro amigo Juan José Morato. Aparte el Santoral de la Civilización, cuentos, poesías, estadísticas, etc., publica la legislación completa de huelgas y de asociaciones con los correspondientes formularios.

Se vende á 15 céntimos ejemplar. Los pedidos á F. Peña Cruz, Pizarro, 16, ó á esta Administración.

## Decadencia en todo

La madre Superiora de la Comunidad de Asuncionistas de Gijón denunció á la Guardia civil un robo cometido en su convento la noche anterior.

Parece que los autores escalaron una tapia, y una vez en los jardines, penetraron en la planta baja, fracturando la puerta de la despensa, y se llevaron seis libras de chocolate, ocho kilos de café tostado, cuatro kilos de café por tostar, dos quesos de bola, cuatro docenas de huevos, quince botellas de Jerez, una botella de vino blanco, ocho kilogramos de azúcar, un paquete de caramelos y tres kilos de judías, retirándose luego como unos santos.

Mal empiezan si son jóvenes, ó mal acaban si son viejos. ¡Exponerse á ir á presidio unos cuantos años por robar con escalamiento, fractura y en lugar sagrado, y todo para comer unos cuantos días! Parece mentira que haya ladrones de tan poco fuste en un país donde tanto se ha robado y se roba, y, por lo tanto, debería estar más perfeccionado ese oficio.

¡Qué decadencia en todo! No se lo que va á ser de nosotros. ¡Ni para ladrones vamos á servir dentro de poco!

La iglesia del pueblo de Oresa ha sido destruida casi completamente por un incendio, y la Redacción de EL MOTIN continúa tan incombustible.

Respetemos los inextinguibles designios de la Providencia, sin cuya soberana voluntad no se mueve ni la hoja del árbol.

## Golpe por golpe

Estamos los elementos avanzados perdiendo miserablemente el tiempo en discusiones bizantinas y en intestinas discordias.

No es todavía lo peor que perdamos el



tiempo, sino que vamos perdiendo no la libertad ni las libertades un tanto platónicas, abstractas, sin substantividad en la esfera de los hechos.

Ponemos en peligro con nuestra pasividad, con nuestra mimesis supina, el derecho á la vida.

No parece sino que todos, estúpidamente, nos hemos allanado á la especie *nirvanista* de que en España no existe el problema religioso, cuando en realidad de verdad en ningún país como en el nuestro se plantea con tanta virulencia, ni reviste mayores y más terribles síntomas de grave y aguda enfermedad.

Rusuelto el problema religioso, todos los demás problemas nacionales, por importantes y trascendentes que sean, pasan á tener un carácter secundario y se adivina su fácil resolución.

Metido aquí de mogollón el espíritu religioso con su carácter de clerical, en todos los órdenes de la vida tenemos de hecho proclamada y establecida la unidad católica, cuya proclamación solemne hizo el desventurado Sr. Canalejas, consagrándolo oficialmente la nación al Corazón de Jesús.

Por obra del clericalismo se condena á *El Liberal*, mediante la comentada sentencia recaída en el juicio promovido por la famosa doncella de Totana.

Obra del clericalismo fué el proceso y condena de aquel soldado que se negó á realizar actos religiosos contrarios á su conciencia.

Obra del clericalismo son esas audacias curialescas de los fiscales, que considerando intangible, indiscutible é inviolable la religión de nuestros mayores, que precisamente por ello no es la nuestra, denuncian y logran que los tribunales—incluso el Jurado popular—condenen á los que se aventuran en la crítica racional de las leyendas místicas.

El clericalismo, como una epidemia tífica, variolosa ó bubónica, ha invadido todos los órdenes de la vida, llevando á ellos su corruptor y mortífero contagio.

El que, cumpliendo su deber de hombre digno vive ó aspira á vivir del producto de su honrado trabajo, si es anticlerical, si es hombre de ideas avanzadas, puede dar por descontado que tropezará con mil dificultades para ganarse decorosamente la subsistencia.

La mogigatería le regará el pan en cuanto se percate de sus ideas, ó se lo quitará de su vida é inhumanamente al conocerlas.

No hay exageración; casos á docenas plenamente probatorios de nuestro aserto, podríamos citar.

Que un ciudadano de ideas avanzadas intenta buscar habitación, pues también para ello tropieza con dificultades. El procurador del predio neo hasta la médula de los huesos, escudándose tras el propietario, no le alquilará el piso.

Vivito y coleando está un recentísimo caso.

¿Que parece mentira que esto ocurra en la culta y tolerante Barcelona?

Pues es verdad; y lo de culta y tolerante resulta un mote impropio después que la Solidaridad, cual viento devastador, pasó por ella agostando energías, tronchando alientos, envenenando las ideas y corrompiendo los caracteres.

No ha muchos días *El Progreso* dirigía á todos los hombres de ideas avanzadas, á todos los liberales, una fervorosa excitación para que se unieran en formidable

haz contra la invasión reaccionaria, más precoz y envalentonada ahora que nunca.

Son, en realidad, císticos los momentos. El dilema está así planteado: ó ellos ó nosotros: la libertad ó la reacción.

Debemos abandonar la semidefensiva actitud en que estamos colocados, tomando la ofensiva de un modo corajudo.

Hay que perseguir tenaz y despiadadamente al individuo clerical donde quiera que se encuentre. Si disfruta de un destino, procurar que se quede sin él; si trabaja como operario manual, hacer que se quede sin trabajo; tratar de que no tenga ni vivienda en que cobijarse.

Hay que devolver golpe por golpe, y encanallando el alma, ahogando la voz de la conciencia, ser como los clericales, pero contra ellos, en su daño, duros, crueles, inhumanos.

La libertad para quien la quiera y en los otros la respete; la humanidad para quien tenga sentimientos de piedad.

Hay que demostrar con hechos que el manso falderillo, si tanto se le acosa y se le hostiga, también sabe morder.

Golpe por golpe; á un boicot otro boicot.

Al tendero clerical, no comprarle ni una caja de cerillas; al dueño clerical de una casa, ponerle en el caso de tener que recurrir al desahucio, *é così via discorrendo*.

La victoria es siempre de los audaces, y si son perseverantes, más.

ELE

*El Progreso*. (Barcelona.)

## Cosas de ellos

La Caja rural católica de Endina, en la provincia italiana de Bérgamo, ha quebrado, dejando un pasivo de 300 000 francos. Los religiosos directores, han sido llevados á los tribunales por falsificadores de documentos.

Siendo religiosos, bien tontos serán si no se vienen á España escapados.

Aquí no se protege todavía mucho en las leyes á las gentes religiosas que roban pero lo que es en la práctica...

Díganlo Fulano, Zutano y Mengano, etc. etc.

(No pongo los nombres, no sólo por que no vengan á pedirme indemnización, sino por que haya de quinientos á mil ciudadanos que no pierden novena, preguntándose á cada instante: ¿Si lo dirá por mí?)

## La Religión y la Enseñanza

Con censurable abandono unas veces, y con injustificable ignorancia las más, vienen los elementos liberales haciendo caso omiso de su derecho á la libertad de conciencia en las escuelas públicas desde 1869 hasta la fecha.

Se protesta, se grita y hasta se escarnea imprudentemente, atribuyendo en todos los casos las dificultades con que tropieza en su marcha fatigosa la emancipación mental española, si así puede decirse, á la obra de ese elemento negativo, cuando no pernicioso, cual su vida

en sus diferentes manifestaciones; que habiendo renunciado á la fortuna, á la familia, á la ciudadanía, y aun al sexo, busca fortunas, se entromete en las familias, aconseja á los ciudadanos, y en concepto de supremo definidor de una moral contradictoria de la naturaleza, se permite dirigir las honestas funciones que al sexo demanda la perpetuidad de la especie.

No. No pesa tanto como se cree en la balanza pública ese elemento. Aunque maneja su pensamiento de manera invertida, pues se encuentra colocado, con relación al desenvolvimiento social, á semejanza de un dique pretendiendo remontar el curso de las cataratas del Niágara, como su vano empeño le obliga á estupear los mismos libros en que los demás aprendemos, cuanto más culto es, tanto más se convence de la inutilidad de su esfuerzo.

De ahí que su mayor afán lo dirija á la educación de la infancia, á pesar y todo de no querer la familia; no puede ya evitarse que el hombre vea: ya que es preciso, que mire tan sólo por el cristal que él le facilita y conservará más tiempo ese concepto del bien y del mal que, arrancando de lo ignoto, permite considerar malo lo que á nadie causó daño, mientras se estiman meritisimos en grado superlativo actos que causaron infinitos males. ¡Cuántas veces, por ejemplo, se habrá santificado el hecho de la destrucción de infieles, seres como nosotros, que al nientan creencias con fundamento análogo á las de sus vencedores y cuya evidencia no encaja en postulados científicos!

\*\*

Generaciones que á la actual precedieron, la última con representación viviente, por desgracia suya muy lejos del campo donde en años viriles le llevaron talentos que sin duda los extragos del tiempo han oscurecido; generaciones que teniendo más que temer tenían menos, legaron á los liberales de hoy enseñanzas y medios de defensa de la libertad de conciencia, que viven arrinconados en el inmenso montón de los papeles viejos, como instrumento curioso que en algún tiempo debió tener aplicación.

La Constitución del 69, al borrar aquel tremendo oprobio que constituye en la Historia política el lapso marcado entre 1813 y 1868, legó á la Constitución vigente algunos preceptos que no hubo después influencias ni arrestos para retrotraerlos nuevamente á los moldes y las reglas que hacen los creyentes derivar de inspiraciones sublimes de los pueblos orientales; pero los liberales, ignorantes algunos y medrosos como doctores los más, porque aun llevan el doctriño dentro, suelen conformarse con la protesta fundada en el supuesto de negación de derecho, fidos en la discreción de sus naturales enemigos, por la cuenta que á estos tiene, en vez de ver si el artículo 11 de la Constitución del Estado carece por ventura de contenido



No carece, á pesar de ser tan pobre su esencia. Disposiciones ministeriales de 1870, dirigidas á las Juntas provinciales de primera enseñanza, quedan á su sombra vigentes, cuyo bastardeo no está al alcance de adjetivas legislaciones interpretadas por funcionarios de conciencia estrecha y manga ancha, que de todo hay en la viña de Dios, y para el caso tanto monta lo uno como lo otro. No me dejará mentir la «Colección Legislativa de Pimentel», tomo 3.º, página 58, por ejemplo, ninguna otra recopilación análoga, ni el propio señor D. José Echegaray, cuya es la firma que en nombre de la Regencia del Reino ordena en 4 de Octubre de 1870 á las Juntas provinciales de primera enseñanza que autoricen á los profesores de las escuelas públicas para no enseñar Religión y Moral é Historia Sagrada á los alumnos cuyos padres ó encargados así lo pretendiesen explícitamente, por respecto al precepto constitucional.

Estas disposiciones están vigentes, como vigente está el artículo 11 de la Constitución, que convirtió la libertad religiosa prescrita en la de 1860 en tolerancia religiosa, en cuanto á las manifestaciones externas del culto, pero autorizando á todo español para profesar la religión que le plazca, ó no profesar ninguna. Esto es, que la Constitución de 1876 nos concede la merced, siempre que de ello no se desprenda manifestación pública cultural distinta de las católicas, de pensar libremente.

Algo es algo, y este algo que aún no puede comentarse sin despertar el enojo de escribas y fariseos azuzados por los Rabinos del tiempo moderno, permite que los liberales exijan á los maestros públicos que á sus hijos no se les castigue la inteligencia, preparándolos para deberes de ultratumba, con disquisiciones y silogismos de intrincada metafísica, mermandoles en tanto sus naturales disposiciones para adquirir aquella solidez de principios que tanto han de menester en la lucha por la existencia y echando tal vez en olvido esas reglas generales de buena crianza que se fundan en el respeto á todos para que todos nos respeten de igual manera, y que dicen y significan lo mismo en todos los pueblos y en el seno de todas las religiones.

Esa es la manera de salvar el libre albedrío del inocente ser cuyo débil organismo carece aún de robustez para discernir con firmeza sobre el alcance de lo incomprensible y el medio factible de que los liberales que en realidad lo sean cumplan con los deberes, en este caso, de su conciencia. El que protesta de una comunión religiosa, y tiene medio de conseguir que no la impongan á los suyos y no lo emplea, ese es un ser de tan débiles opiniones, que sólo puede tener derecho á la conmiseración de los demás, ya que no se le incluya en el número de los despreciables.

Y liberales de esta clase hay por desgracia muchos, que yo no quiero decir

lo que efectivamente son, porque cualquiera lo sabe.

FRANCISCO RIVAS

Barcelona.

## LIBRO NUEVO

### ¡LIBERTAD Y A ELLOS!

*El viernes se pondrá á la venta este libro.*

*No lo busquen en las librerías, porque SOLO HAY UNA EN TODA ESPAÑA que se atreva á llevar libros de esta casa:*

*La de Gregorio Pueyo, (Mesonero Romanos, núm. 10.)*

### El púlpito y el mitin

Y va usted á ver cómo una misma idea, unas mismas palabras pueden ser el ampo de la nieve ó la viva llama; por ejemplo:

«Dios hizo á los hombres iguales, les dotó de libre albedrío para que buscasen el bien, les dijo que se amasen unos á otros y que se perdonasen las ofensas.»

Pues bien; esto, dicho en un púlpito, es blanco, es inocente, es sembrar buena semilla, es afirmar el verdadero cimiento de la moral.

Pero dicho en un mitin, es rojo, es incendiario, es demagógico, es disolvente, es impio.

En el púlpito, el ser los hombres iguales no excluye el privilegio del trono ni el del sacerdocio; el libre albedrío no significa libertad de examinar las cosas para elegir las que nos parezcan mejores; el amarse los hombres unos á otros, no excluye el verdugo ni se opone á que una minoría privilegiada vea morir de hambre é ignorancia á la muchedumbre, y la tolerancia no significa que no se deba achicharrar al judío, al hereje, al protestante, al turco y al indiferente.

En el púlpito, el ponderar la vida en común, citando á este propósito las órdenes religiosas y los actos de los primeros cristianos, es blanco, es nítido, es casi divino.

En el mitin, esto mismo es rojo, es brutal, es grosero, es diabólico.

Si se trata de frailes, el comunismo es poco menos que una continuación de aquella vida de cristianos perseguidos, que no tenían una piedra en que reclinar la cabeza.

Si se trata de trabajadores, el comunismo es doctrina nacida en el infierno.

En el púlpito, amenazar á los que poseen riquezas mal adquiridas, anunciarles que no les harán provecho, increparles por que no restituyen lo usurpado ni ejercitan la virtud de la caridad, es blanco, es diáfano, es moral, es estímulo para

el mejoramiento de las almas piadosas.

En el mitin, lamentarse del desequilibrio de los caudales, proponer un repartimiento equitativo en las cargas públicas, decir que la muchedumbre está expuesta de continuo á los horrores de la miseria, es rojo, es sombrío, es inmoral es excitar los odios del pobre contra el rico.

En el púlpito, compadecerse de los que huyan de la vanidades y negocios mundanos, y sólo aspiren á la perfección de sí mismos y de sus semejantes para alcanzar las promesas de Jesucristo, es blanco, es seráfico, es divino.

En el mitin, sostener idénticamente lo mismo, apartar de todo lo mundano, del poder, de la riqueza, de los negocios á los que han ofrecido consagrarse exclusivamente á los bienes del otro mundo, es rojo, es perverso, es irreligioso.

¿Quiere usted que una mancha negra parezca blanca? Muéstrela desde el púlpito.

¿Quiere usted que se vea que es negra? Pues no la muestre en el mitin, porque parecerá roja.

La Inquisición llevaba una cruz blanca.

A las víctimas le ponía una hopa roja.

X.

## LIMPIEZA DE CEPILLOS

En el pueblo de Oreña, Ayuntamiento de Alfaz de Llorredo, el párroco denunció á la guardia civil que habían sido robados tres de cuatro cepillos que hay instalados en la iglesia para recibir la limosna de los fieles, respetando únicamente el que no tenía ni un perro chico.

Esto hizo pensar en el sacristán, Clemente Ruiz, que otra vez había cargado con un crucifijo, y por lo tanto fué preso.

Si se averigua ahora que efectivamente él ha aseado los cepillos, no creo que se ofenda ni exija 150.000 pesetas de indemnización al que trate de menoscabar su honor diciendo que es de los que cargan con el santo y la limosna.

## Espejo de jueces

«La anécdota que Gómez Carrillo nos refiere, debería ser grabada en los muros de los tribunales.»

EMILE FAGUET

—¿Qué anécdota es esa?—me pregunta un amigo.

—Es una anécdota muy vieja. En un libro mío sobre el Japón la encontrará usted. Pero, puesto que tiene usted interés en comprar el libro, voy á referirselo, ó, mejor dicho, á leerse.

Y abriendo mi «Japón heroico y galante», pág. 127, leo en voz alta:

«La Biblia cívica del Extremo Oriente, el «Sinkiotoki de Tchikafusa», dice en su capítulo relativo al gobierno: «La ciencia de gobernar está basada en la justicia estricta. Tal es la lección que nos da la diosa Tensodaizin. Y



«Primeramente conviene saber que es justo lo que premia el mérito y castiga el crimen. Y en esto no habrá jamás debilidad ni complacencia.» Esta enseñanza no es palabra vana. La rectitud es un precepto religioso. Entre las divinidades sintoístas que el pueblo adora, se encuentra un antiguo juez, modelo de honradez, el gran Itakura Sihleicé. Este magistrado tenía la costumbre de presidir su tribunal escondido detrás de un biombo y de moler té durante las audiencias. «¿Por qué haces eso?»—preguntóle un día el daimio. Y el buen juez le contestó: «La razón que tengo para oír las causas, sin ver á los acusados, es que hay en el mundo simpatías y que ciertas caras inspiran confianza y otras no; y viéndolas, estamos expuestos á creer que la palabra del hombre, que tiene rostro honrado es honrada, mientras la palabra del que tiene rostro antipático no lo es. Y esto es tan cierto, que antes de que abran la boca los testigos, ya decimos al verlos: éste es un malvado; éste es un buen hombre. Pero luego, durante el proceso, se descubre que muchos de los que nos causan mala impresión son dignos de cariño, y, al contrario, muchos de los que nos son agradables, son inmundos. Por otra parte, yo sé que aparecer ante la justicia aun cuando se es inocente, resulta una cosa terrible. Hay personas que, viéndose frente al hombre que tiene entre sus manos su suerte, pierden todo la energía y no pueden defenderse, y aparecen culpables sin serlo.» El daimio exclamó: «Muy bien; ¿pero por qué te entretienes en moler té?» «Por esto que voy á responderte»—murmuró el juez. Y le dijo: «Lo más indispensable para juzgar es no permitir á la pasión dominarnos. Un hombre de verdad bueno, y no débil, no debe nunca tener pasiones; pero yo no he logrado aún tanta perfección, y así, para asegurarme que mi corazón está tranquilo, el medio que he encontrado es moler té. Cuando mi pecho está firme y tranquilo, mi mano también lo está, y el molino va suavemente y el té sale bien molido; pero, en cambio, cuando veo salir el té mal molido, me guardo de sentenciar.» «¿No os parecen deliciosas y deliciosamente significativas estas palabras? Un pueblo que diviniza á quien ni habla, tiene que ser un pueblo leal. La política no influirá jamás en los que allí están encargados de ser justos.

E. GOMEZ CARRILLO

## Ganar, aun perdiendo

En una indagatoria recientemente hecha en Italia acerca de una asociación de falsificadores y circuladores de billetes de Banco, se ha averiguado que los jefes de la empresa eran clericales.

*L'Asino*, que lo refiere, no ha debido extrañarse de eso, sino encontrarlo muy natural.

Si alguna vez en mi ya larga vida me

hubiese dado por meterme en tales negocios, lo primero que hago es colarme de hoz y de coz en el catolicismo.

Si me resultaban bien, me hacía rico.

Y si se enteraban y me condenaban á presidio, con hacer á última hora una confesión bien hecha, me aseguraba la bienaventuranza eterna por los siglos de los siglos. Y así, lo que por un lado perdiese, lo ganaría con creces por otro.

Esto explica el por qué ningún ladrón abandona el catolicismo. Y negocio en que perdiendo se gana, es siempre un gran negocio.

## Carne sagrada

Cocera y relincha la maldita, ni más ni menos que si se tratara de carne pecadora y liberal. Si los que luchamos por sanear el santuario trasladáramos al papel impreso la crónica negra escandalosa que por las cinco partes del mundo difunden los immaculados ministros del Señor, el público se apartaría con horror de todo lo que huele á sacerdocio, y necesitaríamos millares de infolios para dar salida á tanta basura. ¡Ingratos! Nos llaman enemigos y sectarios y es mil veces más lo que llamamos que lo que decimos.

Algunos clérigos desahogados nos han dicho varias veces: «El liberalismo y progreso de ustedes es una paradoja. Si la Naturaleza dió á todos iguales deberes y derechos, ¿por qué hacen sonar las trompas de la indignación y el escándalo cada vez que un cura le rinde tributo?...»

La respuesta es muy sencilla, amiguitos. A nosotros no nos sorprende, ni nos indigna el que un cura, que es hombre como todos los demás, cometa los mismos deslices y tenga las mismas debilidades que sus prójimos; es más: ni siquiera haríamos mención de sus flaquezas. Pero es el caso que el cura en la sociedad católica, y de un modo especial en la española, se nos presenta bajo la especie de un angel, de un ser superior, impecable, adornado con todas las perfecciones, con el monopolio de todas las virtudes, con el magisterio exclusivo de la moral, exhibiéndose como modelo y ejemplo y repartiendo patentes de honradez, y por eso no podemos pasar, porque es falsedad y mentira insigne demostrada todos los días y á todas horas. Por tanto, el que quiera aureolas de santidad que se las gane en buena lid; no pasamos por aceptar sepulcros blanqueados, ni el talco por oro. El clérigo, por regla general, está á mil leguas del papel perfecto que intenta representar; por eso le desenmascaramos y le ponemos en la picota, en castigo de su hipocresía, para que no perjudique, para que se le conozca, para que se enmiende y vuelva al buen camino. ¿Es soberbio? Pues que se sepa. ¿Es impuro? Pues que le conozcan. ¿Es déspota y cruel? Pues que le desprezchen. ¿Es ficticia su virtud? Pues debemos quitarle la careta.

He aquí explicadas nuestras campañas, el por qué lanzamos las campañas á re-

bato cuando el cura cae oprimido por el aguijón de la carne, hollando las leyes más sagradas de su ministerio. El tiene la culpa: quiso pasar por angel, cuando apenas era hombre; intentó escalar la sublimidad de los cielos y se revolcaba en el cieno más infecto. Publiquemos sus hazañas, para que por sus frutos los conozca el mundo, como decía Cristo.

*La Giustizia*, de Regio Emilia (Italia), ha referido estos días que un joven barbero estaba locamente enamorado de una preciosa joven de diecisiete abriles; ella le correspondía solícita y cariñosa, pero un día el fogoso Figaro observó que su adorada estaba en aquel estado que María después de la visita del angel. El examinó su conciencia y vió claro como la luz del sol que no tenía arte ni parte en aquel prodigio. ¿Quién sería? Sospechó, vigiló, recordó que un clérigo de la localidad se mostraba muy solícito cerca de su adorada, y un día, al hallarle en la calle, le apostrofó, riñeron, se dieron algunas bofetadas, y el asunto pasó á los tribunales. La que estaba mejor enterada de todo callaba y lloraba; la expectación de la sala era grandisima; el barbero acusaba con saña al ministro de Dios, hasta que éste, grave y solemne, metió la mano en el bolsillo y exhibió triunfante un documento que era una rehabilitación en toda regla de su reputación en entredicho. Se trataba de un certificado médico en el que se negaba en absoluto la intervención del sacerdote en el percance de la doncella, pues, según la ciencia, el honorable sacerdote era incapaz en absoluto para intervenir en tales menesteres y mucho más para producir tales efectos. El barbero se quedó corrido, pensando quién sería, y nosotros felicitamos al clérigo italiano que tan solemne mentis supo dar á sus difamadores, deseando ardientemente que todos los curas del mundo pudieran exhibir un documento análogo con toda justicia, pues de este modo la carne sagrada recobraría sus prestigios y no cargaría con más culpas que las verdaderas. Que Dios escuche nuestro deseo tal como se lo pedimos.

FRAY GERUNDIO

## Glorias del carlismo

*Hojitas á estilo de las Piadosas, á medio céntimo cada una, ó sea, á cincuenta céntimos el ciento.*

Se pondrán la número uno y número dos á la venta en la primera semana del año entrante.

Para lijar la tirada, desearía que cuanto antes se me hiciesen los pedidos.



# EL MOTIN



1840,—CABRERA, AL IR A ENTRAR EN FRANCIA, VENCIDO, FUSILA A VARIOS NACIONALES QUE LLEVABA PRISIONEROS. Y ARROJA A OTROS AL EBRO.



# Educación clerical

## Cómo se hace un inquisidor

Al Sr. Nakens he hablado alguna vez de un libro íntimo intitulado: «Cómo se forja una conciencia.» Es un libro plenamente realista. Al Sr. Nakens le pareció instructivo el capítulo que aquí va.

## La esgrima

«El sistema pedagógico de mi colegio no podía ser más simple: el loco por la pena es cuerdo».

El sistema penal era completo y maravilloso. Recordaré algunos de los castigos:

1.° Estar simplemente de rodillas sin apoyar el tronco del cuerpo en objeto alguno. Duración del castigo, arbitraria: de cinco minutos á tres, cuatro y seis horas.

2.° De rodillas con los brazos en cruz. Se agravaba la pena cargando sobre las manos algún libro ó ladrillo, hasta rendir las fuerzas del castigado. Si los brazos se doblaban venían los castigos de vapuleo.

3.° De rodillas con las rodillas desnudas. Se agravaba poniendo arenilla ó garbanzos debajo de las rodillas.

4.° Pérdida del recreo. El alumno era sometido á la reclusión, al estudio ó á los trabajos del colegio; el más grave era la limpieza de los gabinetes, modelo de todo asco y suciedad.

5.° El vapuleo. Tenía diversos grados: el abofeteo, el puñetazo, el puntapié, el correazo y el apaleamiento.

6.° Torturas. El tirón de orejas, el pizco, el ayuno, la exposición al frío ó al calor, etc.

El Director era un padre filipense (oratoriano), llamado P. Costa, alto de cuerpo, de nariz aguileña, boca grande sin labios, que parecía una cuchillada, ojos azules relumbrones, vi:jo de sesenta á setenta años. Era un tipo de sátiro. Su voz metálica y dura, algo gangosa, corto de palabra, más corto de talento y más corto de corazón.

Venía á ver la jaula y ejecutaba los castigos con el placer de un domador de monos.

Todas sus glorias estaban en lucir su habilidad de esgrima de las manos; no he visto prestidigitador ni boxeador más ágil en el disparo de bofetadas, puñetazos y puntapiés. Su carilla blanca y sus blancas manos saliendo de entre sus negros hábitos y de debajo de una teja de 50 centímetros, daban á aquel ente un aspecto de bicho raro.

Venía dos ó tres veces al día á hacer ejercicios de esgrima. Quien no ha visto aquello no puede formarse idea de lo que es un energúmeno, un artista del tormento, el genio diabólico. Aquel hombrachón

cogía entre sus siniestras blancas manos el tierno niño, abría el manteo como alas de un vampiro: la criatura quedaba envuelta entre los pliegues de las alas. Y teji, sotana, brazos y manteo agitábanse en torbellino bruiesco, sonando en el aterrado silencio del salón los crugidos de las bofetadas, los chillidos del niño y los resoplidos é imprecaciones de aquel bicho que regañaba los apretados dientes y fulguraba por sus ojos rayos de placer maldito como placer-pruriginoso del masturbador impotente.

La repetición de este espectáculo llegaba á hacérsenos insensible. Después de hacerse insensible, en su parte horrible, reaccionaba sobre él nuestro espíritu buscando en él la *belleza* del suplicio, la variación rápida de gestos enormes, de contorsiones de la víctima, las llamas de terror de sus ojos, la calidad de sus chillidos: llegábamos á sentir la belleza y comprendíamos poco á poco el mérito artístico de aquel gran maestro de la esgrima.

A la vez estudiábamos el arte de la defensa. El niño debía defenderse de las aspas de aquel molino de viento recibiendo sus golpes en los codos, puños, pies y nalgas; el monstruo buscaba las partes más sensibles del cuerpo; la víctima ofrecía á sus descargas las más insensibles y duras. Al descargar una bofetada sobre el carrillo y al recibirla en el codo, el hueso del codo resultaba una arma agresiva: el dolor del golpe iba no al brazo herido, sino á la mano del verdugo.

Entonces había un verdadero pugilato. El alumno no podía agredir, pero podía parar el golpe; á la esgrima del ataque respondía a esgrima de la defensa. ¡Qué quites más hermosos! A la vez el energúmeno tendía al aire la 'arga palanca de su brazo para dar fuerza al golpe; el alumno amenazado en primera, en el centro del carrillo, en el momento preciso bajaba la cabeza: la palanca iba á dar contra el banco ó contra la pared; el furor de la burla exacerbaba al campeón; para evitar la nueva burla cogía al niño de la oreja sujetando la cabeza: entonces el agredido daba el quite con el brazo y desviaba el golpe, que iba á caer en la espalda ó posadera. De nuevo volvía al ataque el maestro: el alumno paraba el golpe con el codo, y el dolor de la mano arrancaba una mueca á la Furia, que derribaba al suelo á la criatura para vengar á patadas el fraude de las manos.

Ahí comenzaba otra esgrima. El niño ofrecía al enemigo los pies contra las enormes patadas del otro. ¡Qué círculos... qué juegos de pies y de patas!... La lucha parecía de un perrazo contra un gatito puesto tripa arriba.

El pugilato terminaba por la fatiga y rendición de uno de los combatientes.

Los espectadores admirábamos la palestra y luego comentábamos los lances: ¡Qué quite aquél! ¡qué mueca aquélla! ¡qué coz más bien sentada! ¡qué chasquido el de la bofetada aquélla!...

Quien más quien menos temía caer en su día en las garras del monstruo. Nos tenía cuenta estudiar las paradas, las guar-

dias, la *psicología* del agresor y de la lucha.

Esto pasaba á ser un juego. En los recreos nos entregábamos á esta esgrima.

He aquí un estudio psicológico de sentimientos. El día de gran vapuleo, pasaba á ser de gran fiesta. Esto mismo pasa con las corridas de toros, horribles al principio; incitantes después. Esto mismo debió pasar en el placer de los *sacrificios humanos*, la lucha de gladiadores, etc.

S. PEY ORDEIX

(Continuad).

## ¡Mucho ojo!

Permitidme, queridos lectores, que os dé un consejo, pues me interesan mucho vuestras preciosas vidas.

Cada cura y cada fraile es hoy un parque ambulante. Con las armas que llevan diez ó doce, habría para poner en condiciones de bati:se á un batallón.

Y como supongo que muchas estarán bendecidas, no digo nada los destrozos que causaría el batallón que armasen con ellas.

Acordáos, cada vez que tropecéis con un cura ó con un fraile, de aquel valeroso japonés que en la última guerra se metió entre los rusos, desarmado al parecer, y que se disparó con una de cartuchos de dinamita que destruyó un regimiento; y pensad en que, si el espíritu patriótico puede inspirar ese sublime desprecio á la propia vida, ¿qué no hará el religioso?

En fin; yo ya he cumplido con mi conciencia, señalándoos el peligro: ahora, obre cada cual como quiera. Por mi parte, seguiré haciendo lo que hago: ponerme en franquía en cuanto vea asomar á un individuo de esas dos clases respetables. No quiero que vaya por casualidad á dispararse alguno junto á mí, y tenga al día siguiente que dedicarme estos renglones la prensa:

«Ayer se *malogró* uno de los jóvenes que *comenzaba* á ser una *esperanza* para este desventurado país... etc., etc.»

R Á P I D A

## Voz del Pastor.==Dios lo quiere

Con estos enunciados llega á mis manos una hojita piadosa, y sumiso a la voz del Pastor, yo, manso cordero, obedezco y escribo.

Campea en la portada del plieguecillo la futura fachada de un templo parroquial. Su estilo modernista, mezcla andrógina de todos los conocidos, ofrece aspecto sombrío, combinación macabra de castillo feudal y cárcel gótica; más que un palacio donde ha de adorarse un Dios, parece un calabozo donde se le cautiva; más que un lugar donde rendirle parias, es una mazmorra para las conciencias que han de sentirse oprimidas al pasar bajo los barrocos medios puntos de sus puertas.



Tras la exposición de lujos y esplendores que enriquecen el interior del edificio, en los que dice «se han dado la mano el arte y el dinero», se invoca el nombre de los desvalidos para obtener mayores frutos de caridad.

¿No sentís la bofetada del sarcasmo azotar vuestras mejillas? ¿No creéis que es cruel ironía ó una burla sangrienta?

¿Por qué esos fondos no se dedican á impedir el doloroso espectáculo de pobres muebles puestos en el arroyo por desahucios forzados? ¿Por qué no emplearlos en casas para obreros, ó al menos para remediar el hambre que arroja centenares de víctimas en el hospital ó en la prostitución?

Esos centenares de miles de pesetas obtenidos á pretextos de religiosidad, no es tal cosa, es un acto más de soberbia y vanidad humanas.

¿Cómo ha de recibir esa divinidad mentirosa forjada por vosotros, esa ofrenda que pisotea sus predicaciones de amor, caridad y humildad?

¿Cómo pueden recibir sin sonrojos «el óbolo del pobre y del menestral y el donativo del rico», como en su impudicia monacal demandan?

Dadme un látigo; el látigo del Nazareno, para esgrimirlo sobre las espaldas de los mercaderes y arrojarlos del templo que profanan y después decir á los pobres, á los desvalidos:

¡Ahí tenéis el albergue de que carecéis y que Dios os cede!

EDEPAS

## Ejemplo á imitar

Presentose en Roma al ministro de Correos y Telégrafos, el diputado Dibagno, acompañado de un viejecito humildemente vestido á la aldeana, el que con gran timidez habló así al ministro:

—Tengo setenta y seis años, y soy administrador de Correos en el pueblecito de Grazie, que dista de Mantua ocho kilómetros. Como en la Administración de Correos de Grazie no hay dependencia, yo lo soy todo, y he de llevar á cuestras, varias veces cada día, la saca de la correspondencia desde Grazie hasta la estación del tranvía de Mantua. A mis años, el trabajo es tan duro que ya no puedo resistirlo. Mientras pude callar, callé; pero hoy, agotadas mis fuerzas, no tengo más remedio que implorar un auxilio: una pequeña subvención para pagar un mozo que me ayude á llevar el fardo á la estación.

—¿Cuánto gana usted, y cómo se llama? —preguntó el ministro, disponiéndose á tomar nota.

—Gano 80 liras al mes, y me llamo Angel Sarto.

—¿Sarto?

—Sí, señor. Soy hermano de Su Santidad el Papa.

Al ministro se le fué la pluma de las manos, y gracias á que el diputado Dibagno se apresuró á confirmar la declaración del viejecito, no creyó á éste un farsante.

Inmediatamente ordenó que el sueldo de Angel Sarto se aumentase hasta 180 liras mensuales mientras llega el momento de proporcionarle un puesto más cómodo.

Mal suelen andar generalmente los hermanos de todos los personajes religiosos, eclesiásticos ó seculares. Satisfechos de estar bien con Dios esos personajes, se cuidan poco de cuestiones de fraternidad.

Pero lo que es ahora van á andar mucho peor. ¿Qué buen católico se negará á imitar el ejemplo del Papa?

Ejemplo que deberían seguir los personajes políticos españoles á que alude Romeo (*Juan de Aragón*), en un hermoso artículo sobre el Parlamento.

## ARTÍCULOS FIAMBRES

Reproduciré de vez en cuando algunos añejos artículos míos que sospecho han de leer con gusto los nuevos suscriptores de EL MOTIN.

Y empiezo con el siguiente:

### NOCHE BUENA

Estoy pegado á la chimenea de mi gabinete, y, sin embargo, siento frío. ¿Cuanto no hará por ahí!

¡Pobres gentes las que, sin ropa apenas, sin lumbre y con el estómago desahogado, cuentan las horas de esta noche en sus cuartuchos!

Si recordasen que Cristo nació en un pesebre para redimir al hombre, y lo tomaran en sentido irónico, es posible que se les ocurriesen ideas reñidas con el reposo que en este instante disfruto. Mas como no piensan, afortunadamente, puedo echar tranquilo dos leños más á la lumbre para elevar la temperatura.

En verdad sería poco agradable que viniesen á pedirme cuentas de la gran noche que paso, mientras tantos millones de seres humanos dan diente con diente. Sólo de pensarlos me entran ganas de ponerle doble cerrojo á la puerta.

¡El cerrojo! ¡Gran invención! Merced á él puedo defenderme de los malos pensamientos que el hambre y la escarcha intenten traducir en hechos, en tanto que acude el sereno y llama con su silbato á los guardias, precursores del juez, esa garantía de los que tenemos algo.

¡Lo que es la relación de las ideas! Desde el cerrojo he ido á parar al juez, y desde el juez he dado un salto hasta Dios, pasando por los organismos intermedios. Y, lo que nunca me ha ocurrido, pienso en El con reconocimiento mezclado de ternura, y hasta sospecho que á su bondad debo la satisfacción interior que ahora experimento.

Sí, á El debe de ser, pues paréceme que renazco á nueva vida. Aberraciones del espíritu, sensiblerías humanitarias, orgullo disfrazado tal vez, lleváronme hasta hoy por caminos de negación y protesta, sin advertir que conducen derechamente á las regiones del escepticismo, donde el alma se hiela.

Reforzaré la chimenea para que al cuerpo no le ocurra lo propio, y me entonaré con una copita de amontillado, mientras las panderetas y los tambores celebran con discordantes sonidos el nacimiento del hijo de Dios.

¡Qué acontecimiento tan grande éste en la historia de la Humanidad! Estoy por caer de rodillas.

Al predicar el desprecio á los bienes terrenales y aconsejar la resignación á los que sufren privaciones é injusticias en esta vida, Cristo apartó al pobre de las tentaciones que pudieran turbar la paz del rico, echando sobre tan equitativa cuánto sólida base los cimientos del grandioso edificio social.

Bendita sea por siempre una religión que eleva á virtud el sufrimiento, pues ella, secundada por el cerrojo, la fuerza pública y el juez, me permite recrearme voluptuosamente en la contemplación del termómetro, que marca ya dieciocho sobre cero, sin temor á que vengan a inquietarme los que tiritan.

¡Y no haber comprendido antes lo necesaria que le es al hombre con buena despensa y chimenea una religión que asegure al pobre la bienaventuranza eterna, sólo con que se tome la pequeña molestia de resignarse á sufrir constantemente en esta vida deleznable y transitoria!

Para celebrar el fausto momento en que lo he comprendido, voy á obsequiarme con un trozo de fiambre y otra copita, no sin dar antes gracias á la Divina Providencia por haber dispuesto que otros cebasen este faisán y exprimiesen este delicioso zumo pensando en mi delicia y regalo.

¡Cuán ciegos ó cuán perversos son los hombres que buscan fuera de la idea religiosa solución á los problemas que preocupan á la Humanidad! Hasta el social, el más terrible de todos, quedaría resuelto practicando sus consoladoras enseñanzas.

No, no cabe dudarlo. El día que la sacrosanta palabra *resignación* ocupase el rango que le corresponde entre las virtudes cristianas, perderían su siniestro significado las de *hambre*, *frío*, *tiernia*, *injusticia*, y tantas otras que excitan, desesperan y arrebatan á las multitudes ignoras é inconscientes.

Mas ¿qué sensación deleitosa se derrama por todo mi ser al emitir tan piadosos pensamientos? Mi alma se eleva á las regiones cerúleas, y dulce languidez invade poco á poco mi organismo... Ciérranse mis ojos, y en mi cerebro nacen, bullen y se confunden millares de ideas inefables que me llevan á admirar la bondad y la sabiduría del Dios que se ha dignado llenar mi despensa y encender mi chimenea esta noche, y á exclamar con mi inmortal maestro Voltaire, en tanto me dirijo á mi cómodo y templado lecho:

«Si no existiera Dios habría que inventarlo... para que los infelices que á esta hora desfallecen de hambre y tiemblan de frío no interrumpen el tranquilo sueño que me espera por creer en El, y confesar su existencia después de haber



regalado mi estómago con faisán trufado y Jerez de lo mejorcito en su clase.

JOSE NAKENS

1887.

## El cura ferroviario (Perpignan-Paraiso)

A mi amigo el distinguido obrero y escritor ferroviario, Luis Zurdo Olivares.

Los muchos, muchísimos españoles que por obra y gracia de Maura y su camarilla se hayan visto obligados á pasar la frontera y hayan visitado la ciudad de Perpignan, creerán que ésta no tiene más estación de ferrocarril que la del *Midi*, que todos ellos habrán visto.

Pues, no señor, se equivoca quien tal piense. Perpignan tiene otra estación ó *gare* de ferrocarril que no pertenece al *Midi*, ni al *Orleans*, ni al *P. L. M.*, ni al *Ouest*, ni al *Etat*, ni á otra alguna compañía francesa: tiene una estación en la red que podríamos titular con toda propiedad *Perpignan-Paraiso*, según van á ver mis lectores.

De seguro que no conocen ustedes esa singular compañía ferroviaria, como tampoco la conocía yo; pero un amigo que conoce todas las curiosidades de la capital que perdimos los españoles por torpeza de los reyes, un día me llevó á ella á fin de que la diera á conocer á los anticlericales españoles.

Muy cerca de la estación del *Midi*, de la citada villa, existe una iglesia llamada de San José, en la cual las misas solemnes alternan con las sesiones de cinematógrafo; y no contento aún el párroco de esa iglesia con haber introducido tal novedad para entretener á sus escasos parroquianos, ha establecido á su vez la estación de una vía férrea que no puede pedirse más.

Celoso el cura de la vecina estación, debe haber dicho á sus fieles:—«El ferrocarril que pasa por la estación del lado os lleva á Beziers, á Marsella, á París? Pues la de mi iglesia os llevará más allá y á una ciudad incomparable, á la ciudad de Dios; os llevará á la gloria, al paraíso, que vale más que París, según han dicho los bienaventurados que de allá han vuelto.

Y efectivamente, el cura de la iglesia de San José, en uno de los muros de la nave del templo, ha pintado ó ha hecho pintar un tren corriendo á todo vapor hacia unos montes que penetra un túnel figurando las montañas del Paraíso, como los antiguos habían de la misma manera simulado el Olimpo y el Parnaso.

Al pie del tren se ve un cuadro explicativo muy interesante, en el cual, con grandes caracteres, entre otras cosas muy curiosas, se lee, en francés, por supuesto:

### Tren expreso para ir al Paraíso

PRECIOS DE LOS BILLETES

*Rápido*, 1.ª clase, *spling cars* y *wagons-lit*.—Pobreza, castidad, penitencia.

*Directo ó expreso*, 1.ª y 2.ª clases.—Piedad, devoción, sacramentos.

*Omnibus*, 1.ª 2.ª y 3.ª clase.—Mandamientos, deberes, extremaunción.

1.ª Amor de la cruz.

2.ª Deber de combate.

3.ª Temor, bendición.

Aquí tiene el lector el precio y clases de billetes que necesita tomar para subir al cielo con semejante vehículo. Si quiere

ir rápidamente y con toda comodidad, y lo sabe, el billete se compra con la pobreza, la castidad y la penitencia. Si á tal precio se paga yo no creo que vayan muchos curas al cielo en el rápido y en coches camas; todo lo más, irán en el omnibus.

Como en las otras estaciones, el *chef de gare* de la línea *Perpignan-Paraiso*, cree conveniente hacer algunas observaciones al público, á fin de que nadie se engañe durante el viaje, y así, entre otras observaciones muy curiosas, pone las siguientes:

«No se despachan billetes de ida y vuelta (*aller et retour*).

Los trenes toman viajeros en todas las estaciones del trayecto.

No hay trenes de placer (*trains de plaisir*).

Los niños menores de siete años, como nuestra Santa Madre Iglesia los toma sobre sus rodillas, no pagan billete.

Nadie puede llevar equipaje consigo.

Bufet: Pan eucarístico.»

No se dirá que el cura párroco de San José de Perpignan no gaste buen humor; sólo le falta añadir que en el bufet ó fonda, para acompañar al eucarístico, la Iglesia sirve carne de hereje á la parrilla, de los muchos miles que ha asado.

En mi concepto, ese cura, como humorista, es superior á nuestro célebre Padre Claret. Nuestro célebre vicense, confesor de Isabel II y amigo íntimo de Sor Patrocinio, escribió ó describió un *Camino recto y seguro para ir al cielo*, y ese cura no se contenta con tan poco; él no quiere fatigar á sus parroquianos con tan largas caminatas y les construye un tren con todas las comodidades modernas. Hoy que ya nadie va á Montserrat, á Santiago, á Lourdes, ó Roma á pie, sería una torpeza pretender ir al cielo con tan antiguo medio de locomoción. El cura de San José se ha puesto á la altura de los tiempos.

Es necesario que todo progrese, hasta la Iglesia católica, y así yo no desconfío en ver muy pronto á otro listo sacerdote estableciendo un servicio de aeroplanos entre la tierra y el cielo; y conste que este nuevo sistema merecerá más crédito que el del *Camino* del Padre Claret y que el del *Tren expreso* del cura de Perpignan. Ese sí que habrá dado con la verdadera locomoción, si es verdad que el cielo está vientos arriba.

KOSMÓPHILO

### «Nuestra protesta

## Republicanos detenidos

Elevamos al Sr. Gobernador civil nuestra más enérgica protesta.

No creemos que la libertad puede ser, mejor dicho, debe ser detenida, porque un sacerdote, sin nociones de más educación social que la de su fanatismo religioso, crea conveniente ordenar á la policía la detención de cuatro muchachos que repartían «hojas piadosas» de las editadas por el Sr. Nakens.

Los jóvenes Trigo, Andrés Pastor, José Barraquer y Gaspar Giménez, fueron llevados á las oficinas de vigilancia, entre policías, como si fuesen bandidos, cuando tienen acreditada integérrima honradez.

¿Qué delito cometieron? El de repartir impresos permitidos por la ley, autorizados por las autoridades madrileñas que en ser y son tan dignas como las zarago-

gozanas, que no prohibieron la propaganda del librepensamiento, que no denunciaron lo dicho en tales hojas, y, finalmente, que en diferentes ocasiones han dicho que no podía hacerse la prohibición solicitada por el fanatismo de los católicos.

El Sr. Gobernador no puede prohibir el reparto de las hojas. Creemos que tampoco ha de consentir la detención de quienes las repartan, dando órdenes á la policía para que no obedezca los caprichos de cualquier ciudadano, si la detención no se hace bajo su responsabilidad.»

Esto dice *Ideal* de Zaragoza. A lo que contesto:

¿Que no puede, querido colega? Que no debe, habrás querido decir. Estamos en unos tiempos en que se puede hacer todo lo que no debe hacerse.

Los atropellos cometidos con las *Hojas Piadosas* por los gobernadores de perro chico y los alcaldes de pan... (digo, de cebada llevar) han sido tantos, que bastarían para demostrar que la Ley y la Justicia en España son palabras mitológicas.

¿Y á quién se acude, si los atropellos de los de abajo son casi siempre sancionados por los de arriba, cuan no agravados?

Y menos mal que tenemos unos representantes en Cortes que se pintan solos para no ocuparse nunca de estos atropellos, que si no, sería cosa de emigrar.

## Haciendo Patria

No hay pueblo, ni ciudad, ni nación que sin la necesaria solidaridad social se haya engrandecido. Inútiles serán los esfuerzos de unos cuantos hombres generosos, con alma de poeta y corazón de titán, si las masas á quienes se dirigen no prestan atención á aquello que más les interesa. La voz de los buenos se perderá en la indiferencia ambiente, y el animador de una causa noble y emancipadora desistirá, con profunda amargura, de su proyecto generoso, viendo que su único premio ha de ser el gesto frío y apático de las muchedumbres que, cuando más, acogen su labor reentor con una mueca que viene á expresar lo siguiente: «El pobre está loco; desea cosas imposibles.»

Es muy española la apatía; casi es clásica la ignorancia; cosas ambas que, unidas, forman dos valladares inmensos, difíciles de salvar. Pero, sin embargo, tenemos una virtud inapreciable: la generosidad, fuerza inmensa en otras partes, que, aplicada sabiamente, eleva la raza, dignificándola y engrandeciéndola hasta formar esas grandes nacionalidades que son nuestra constante admiración. Pero me doy cuenta ahora, reflexionando, de que creo haber equivocado el calificativo. En vez de generosos ¿no seremos petulantes, despilfarradores? ¿Como, si no, nuestra riqueza la empleamos tan mal, preocupados del propio endiosamiento, ó, cuando más, hacemos que vaya á parar á años muertas que ra da e... utilizan?



Son más de una y más de diez, y más de ciento, las fortunas legadas á Asociaciones religiosas que, más que una energía social de progreso, son la rémora de todo avanzamiento hacia el bien y hacia la libertad. Cada vez que en epígrafes grandes, leáis en los periódicos: *Fortuna colosal, Legado importantísimo*, cada vez que esos títulos desfilen ante vuestros ojos, ahorraos de leer lo que sigue, pues desde luego queda sobreentendido: aquellos millones serán para fundar una iglesia, para construir un convento, ó para salvación de un alma torturada por la duda, que en su terror y en su ignorancia cree que el dinero despreciado y maldicho por el Redentor, ha de perdonar á los respectivos prójimos las fechorías por estos valles realizadas. En España sólo se encuentra dinero para eso: para la purificación de almas enroñecidas, ó para propagación de la fe bárbara que condona la vida, guiando á los pueblos por la obscura senda del dolor, único medio de poder contemplar la luz del cielo cuando ya no se puede ver, de tanto aniquilamiento, ni á Dios bendito... ¡Pero para lo demás!...

La fuerte y salvadora acción social tiene, fuera de España, ejemplos hermosísimos. Hace aún poco tiempo, en uno de los más profundos y sinceros discursos que un ministro español haya pronunciado, el Sr. Alba se quejaba de la poca ayuda moral y material que alcanzaban sus grandes propósitos. Sus ojos se volvían á las estadísticas del progreso instructivo de otras naciones, haciendo alborar la riqueza y generosidad en ellas contenidas. Inglaterra—decía—es el país clásico de las donaciones y suscripciones voluntarias en favor de Instituciones de educación. De ella han aprendido los Estados Unidos, que ya superan el ejemplo de su antigua Metrópoli. Mr. Holloway gastó 17.500.000 pesetas en la fundación del Royal Holloway College, Universidad de mujeres, en el año 1877. En 1901 Carnegie ha donado 50.000.000 de pesetas para que la renta del 5 por 100 se destine en partes iguales al fomento de los estudios en las Universidades escocesas y á pensiones para alumnos pobres universitarios. Cecil Rhodes ha hecho enormes donativos (350.000.000 de pesetas); de ellos, especialmente una renta de 858.650 pesetas para becas de 7.500 pesetas cada una anualmente, con el fin de que durante tres años vayan á las Universidad de Oxford jóvenes de las colonias británicas, de Alemania y de los Estados Unidos.

¿Sabéis á cuánto alcanzan los legados particulares hechos en los Estados Unidos durante un periodo de treinta y dos años—1871 á 1903—en favor de las Instituciones de educación? ¡¡¡A mil quinientos cuarenta y cinco millones!!! De esta cantidad fabulosa los principales donantes han sido: Carnegie—Andrew, 336 millones de francos; Stanford Leland y su esposa, 150 millones; Rockefeller (John-D), 60 millones.

Esta es la colaboración particular en

el fomento de la enseñanza, y por lo tanto en la reconstitución y engrandecimiento de la patria de esas asombrosas naciones. Pero no perdáis de vista, además, que la consignación oficial, por ejemplo, de los Estados Unidos, es de *dos mil trescientos millones de pesetas*.

Como una cosa estupenda hemos visto que este año, el culto y bien orientado ministro de Instrucción pública ha conseguido aumentar el presupuesto en diez millones. Y tristemente hemos de confesar que el Sr. Alba ha luchado y lucha valerosamente en defensa de su ministerio, y que sus planes generosos se detendrán ahí por falta de elementos oficiales y particulares que robustezcan altruista y hasta egoísta en bien de la patria los cimientos con tanto calor solicitados para el engrandecimiento nacional de esta España en ruinas...

Hacia cualquier punto que volvámos los ojos hallamos, amparadoras y filantrópicas, las energías de pueblos ennoblecidos que tienen su punto de mira fijo en la prosperidad. Mirad estos datos: Italia consigna para Instrucción pública, liras 140.000.000 Suecia, con cinco millones y medio de habitantes, y un presupuesto total de 316 millones, gasta en instrucción *primaria elemental* más de 55 millones! ¿Para qué más? Cerraremos esta enumeración con el recuerdo doloroso de lo que en enseñanza invierten pueblos que fueron hijos nuestros, hermanos nuestros... Cuba, con 2.150.000 habitantes, ha consignado para Instrucción más de *veinte millones*. Puerto Rico—ochocientos veinte mil habitantes—se ha gastado últimamente *seis millones y medio*.

¿Verdad, lector, que es mejor hacer punto? ¿Verdad que la vergüenza sube á tu rostro, y la ira á tu corazón, y la maldición á tus labios?...

¡Pues no hay remedio! Seguirás viendo hasta morir la apatía de nuestro espíritu, la cobardía de nuestro corazón, la deshonra de nuestra inferioridad...

Sin dejar de leer de vez en cuando en la Prensa española epígrafes admirativos que digan: ¡Asombroso legado! ¡Fortuna colosal!... Y en seguida te enterarás, si sigues leyendo, que unos cuantos millones han sido destinados para salvar un alma, como si las criaturitas que hemos traído á este mundo fueran lobos que carecieran de ella...

JOSE G. TORTAJADA

## El Nuevo Evangelio

No es que el Cordero de Dios se ha dignado descender á la Tierra; es que los corderos del mundo saben que su redención está en ellos.

No es que Dios se ha hecho hombre; es que el hombre se ha deificado para redimirse á sí mismo.

Y una religión nueva de humanidad y de bondad, de verdad y de amor, ha germinado y ha crecido.

Aquellos cristianos primitivos pasea-

ban sus himnos gloriosos sobre las ruinas de los templos del paganismo.

Estos creyentes de ahora ponen mayor valor en la divina esencia de sus humanos himnos.

Son cánticos triunfales que serena y solemnemente se extienden sobre los restos derrumbados de todos los ídolos y de todas las tiranías.

PEDRO DE REPIDE

## De otras tierras

Reproduzco el siguiente caso del periódico de New York, *El Call*:

«Edimburgo, Noviembre 30.—Ante la Corte Criminal se ha visto hoy la causa se guida contra el sacerdote Daniel McWhine, acusado de estafa. La sala de la Audiencia estaba llena de ministros religiosos de todas partes del país, y de público profano y de las numerosas congregaciones que venían siguiendo los procedimientos con gran interés.

El fiscal dice que este es el primer caso de este género que se ha visto en esta Corte, y que quizá no hubiera tenido lugar á no haber protestado ciertas personalidades.

El cargo principal contra el clérigo es e violar su juramento predicando doctrinas paganas, haciéndose pasar por cristiano, y pidiendo dinero en nombre de Cristo para desacreditar la religión. Como prueba se lee varios de los sermones que ha predicado, y después es interrogado por el fiscal en la siguiente forma:

Fiscal.—¿Usted dice que es cristiano?

Acusado.—Sí, señor.

F.—¿Es decir, que usted es uno de los imitadores de la vida de Cristo, y predicador de sus enseñanzas y preceptos?

A.—Sí, señor.

F.—Cristo fué un trabajador, un carpintero, y muy pobre.

A.—Así fué.

F.—Pero usted nunca ha trabajado, usted nunca ha hecho nada, y no obstante es usted bastante rico.

A.—Diré que sobre eso de no trabajar hay un error, porque yo tengo que predicar sermones, y tengo que asistir á las señoras de mi Congregación en sus tribulaciones, y aconsejarlas y consolarlas, cosa que no deja de ser trabajosa y difícil, y por todo esto no recibo más que 1.300 pesos al año, y casa y alumbrado pagado.

F.—Pero, según parece, usted compra los sermones escritos por una pequeña cantidad, según se ve en los mismos que aquí están, que están impresos por una agencia.

(El acusado vacila al contestar, pero al fin confiesa que los ha comprado).

F.—¿De manera que usted no hace más que recitar los sermones?

A.—Sí, señor.

F.—¿Está usted de acuerdo con las enseñanzas de Cristo?

A.—Sí, señor.

F.—Usted sabe que El condenó la guerra.

A.—Sí.

F.—¿Y cómo es que usted estuvo predicando y rogando por el triunfo de las tropas de Inglaterra contra los árabes y los indios, y contra todos los infelices pueblos que se han estado asesinando con granadas de leidita?

A.—Porque amo á mi patria.



F.—Pero sus oraciones militares son anticristianas, porque Cristo fué muy severo contra todos los que oprimían á los pobres.

A.—Sí, señor.

F.—Durante la huelga de los mineros, ¿condenó usted á los que acapararon el carbón para cobrar un precio excesivo? ¿Condénó usted á los propietarios que subieron los alquileres para obligar á los obreros á trabajar? ¿Condénó usted á los que se oponían al salario mínimo para los mineros? ¿Condénó usted á los que pagan á las muchachas unos precios tan bajos, que las obligan á prostituirse en las calles? ¿La condenó usted, en fin, á los especuladores que comercian en la Bolsa?

A.—No, señor; yo verdaderamente nunca me he metido en política.

F.—No, eso no es política. Eso es lo que hacía Cristo. ¿Cómo usted, que se llama su ministro en la tierra, no lo hace?

A.—No lo hago, porque nosotros vivimos en otros tiempos.

F.—Cristo se reunía con los pescadores, con los más humildes; ¿lo ha hecho usted así?

A.—No, señor.

F.—¿Por qué?

A.—Porque nosotros, aunque ministros de la religión, necesitamos comer, y los pobres no pueden dar más que miseria.

F.—Cristo dijo que había venido á redimir á los esclavos, y usted les predica á los pobres que deben conformarse con su estado, porque esa es la prueba para alcanzar el cielo.

A.—No, señor; lo que yo les digo es que la Providencia los ha colocado en esa posición social y rebelarse es ofenderla.

F.—¿De manera que usted hace responsable á Dios de los sufrimientos y miserias de los pobres? Eso es insultar á Dios. Creo que usted será de los que sostienen que el presente sistema social es una maravilla.

A.—Yo creo que el presente sistema es bueno, aunque no perfecto.

F.—¿Pero la base fundamental del sistema es la desigualdad y la explotación?

A.—Así es.

F.—Pues Cristo quería una sociedad fundada en el amor, en la equidad y en la justicia.

A.—Sí, señor.

F.—Jesús creía en un padre común, y que todos somos hermanos, ¿no lo cree usted así?

A.—Le diré; eso es todo pura teoría, y como teoría puede pasar.

F.—Usted sabe que Camilo Desmoulins, el gran revolucionario francés, llamó á Jesús el buen descamisado.

A.—No sé eso.

F.—¿Conocerá usted al Sr. Lavelaye, el famoso economista belga y gran historiador, que ha dicho que si la doctrina de Cristo se predicara á las masas como es y conforme al espíritu del fundador, la organización social existente no duraría ni un día?

A.—Yo nunca he oído hablar de eso tampoco.

Al llegar aquí, el juez Sr. Adamsley interrumpe al fiscal, y dice que no es necesario interrogar más al acusado, pues está probado que no predicaba la religión de Cristo.

F.—Pues bien; si está probado que no predicaba la religión de Cristo, tiene que estar probado también que ha estafado todo el dinero que ha cogido en su nombre.

A.—Pero, señor, yo no he hecho más que lo que hacen todos. Tenga en cuenta que nosotros no podemos predicar el cristia-

nismo tal como es, porque entonces la gente rica de la Congregación se iría de la Iglesia, y perderíamos el salario que ganamos; y nosotros también tenemos mujer é hijos que mantener.

—Juez con severidad:

—Esa no es disculpa para tan deshonrosa conducta. A los pobres sorprendidos robando no se les tiene en cuenta la familia. Por tanto, cinco años de trabajos forzados.

El cura, al oír la sentencia, se desmayó.

## Eficacia de la predicación

Histórico.

Un sacerdote predica en Italia contra las supersticiones. «¡Ah, hermanos míos, cuán poco se diferencian de las bestias aquellos que por haber soñado con el cinco, con el doce ó el sesenta, se apresuran á buscar estos números para jugar á la lotería!...

A la salida le espera una beata.

—Padre Zenón, ¿tiene usted la bondad de decirme los números que mentó en el sermón, que los he olvidado?...

## El anarquismo es una epidemia

Como los hombres en esas grandes crisis de la conciencia necesitan creer en algo yo creo á ratos en la fatalidad. La fatalidad toma á veces la figura de un anarquista y mata á un hombre de Estado; otras veces la fatalidad es un volcán á una epidemia y devora á un pueblo. En todo momento, la fatalidad es una fuerza misteriosa que obra consciente ó inconscientemente con una absoluta indiferencia de la moral humana. Pero las gentes se sorprenden de esto, porque cada cual quisiera que la fatalidad sirviera á sus deseos. Un padre anciano y achacoso llora ante el ataúd de su hijo increpando á la muerte: «¡Por qué no me habrá llevado á mí!» Pero la muerte, que por lo visto no ha estudiado lógica en nuestros institutos, respeta aquella vida inútil y se lleva la otra cuando nos parece que no ha cumplido su misión.

Para saber si la muerte es justa ó injusta, sería necesario que pudiéramos hablar con un esqueleto. Pero ved lo que dice el poema: «Las momias de Ruychs resucitan por un cuarto de hora y cuentan cómo murieron. ¿Y qué es la muerte?» pregunta Ruychs. —Pero el cuarto de hora había pasado, y las momias volvieron á enmudecer». Así, pues, nosotros nos permitimos opinar sobre la oportunidad con que llega la muerte, sin comprender que una vez acaecido el hecho no podía suceder de otra manera. En vez de echarnos la culpa unos á otros, sería mejor que acatáramos silenciosos un fallo que es irrevocable. Lo otro es poco serio, poco digno y, sobre todo, es poco inteligente. Pero los hombres parece que estamos empeñados en demostrar que somos los eternos y vulgares creadores de las religiones del medio.

El cólera, la viruela, la tuberculosis y otras mil enfermedades infecciosas y contagiosas son el azote de los pobres y de los hambrientos. Pero, gracias á la abundancia, al «confort» y á la higiene, los poderosos, los privilegiados, gozan de una casi completa inmunidad. La muerte, que

no puede resignarse aceptando nuestros privilegios, ha querido inventar una plaga y ha inventado el anarquismo. Así como la sarna se ceba en los miserables, el anarquismo ataca á los magnates. Comprendo pues, que el anarquismo de acción sea odiado como una epidemia peligrosa y que sea combatido por medio de una enérgica higiene social. Y si las gentes aceptaran esta teoría, odiarían el anarquismo que mata, pero no se sorprenderían de que un hombre bueno cayera por su causa herido de muerte, á menos que no se sorprendieran también de que un hombre igualmente digno de vivir muriera de una pulmonía.

J. RODRÍGUEZ DE LA PEÑA

## De mano maestra

Nada hay tan curioso en política como ver reñir á los que antes fueron amigos. En esa hora, que pudiéramos llamar la de hacerse justicia, es cuando salen á la luz verdades como puños, que —¡así es la vida!—sirven cuando menos para divertir al enemigo común.

En esa serie de crudezas que se están lanzando carlistas y nacionalistas tocó anteayer el turno de no mordearse la lengua al «Guipuzkoarra», que les decía... nada menos que lo siguiente:

«El carlismo en todas sus manifestaciones destila inducción á la violencia; todos sus oradores, lo mismo que sus escritores claman por la guerra como medio único para conseguir sus fines, dan á todo lo suyo un tinte militar, sus periódicos se llaman *La Trinchera*, *El Fusil*; sus escritores firman *El Corneta*, *El Cabo 1.º*, y llega esta ridiculez hasta á talles increíbles: tengo á la vista un número de *La Trinchera* en el que como premio de un concurso se anuncia «un fusil Remington»; en otro número de la misma revista se anuncia que para contribuir á engrosar la suscripción abierta en beneficio de la viuda é hijos de José Vila, carlista muerto en una refriega en Granollers, se sortean «Una pistola automática de ocho tiros, funda, cinturón y cien cápsulas». Los jefes incitan continuamente á sus jóvenes á formar los requetés ridículos que si son como el de Tolosa, ya se virán para hacer el ejercicio en el Casino Carlista con palos en vez de fusiles, ya que no para otra cosa, pues echan á correr á la vista de cuatro republicanos.

»Se necesita no tener ni átomo de conciencia para incitar á ilusos mozalbetes y comprometerlos para que cuando menos lo piensan los achicharren como en Granollers, en Eibar y en tantos otros sitios; bien es verdad que para eso proclaman que todo lo hacen en defensa de la Religión, esa Religión que para todos debía ser lo más sagrado é intangible.

»El carlismo oficial da patentes de catolicismo y las niega á algunos como á nosotros los nacionalistas, á quienes se nos ha llamado masones, anticatólicos, hijos de Voltaire, etc.; ellos han dicho de nosotros que somos enemigos de los obispos y del clero, y sin embargo hemos demostrado con textos extraídos de sus periódicos que son ellos mismos los que injurian al Episcopado y al clero cuando no son carlistas.

»Precisamente tenemos á la vista un número de *La Trinchera*, periódico carlista, correspondiente al día 17 de Noviembre



último, en el cual encontramos un artículo que se titula *Del clero*.—Para los jainistas de Vich, en el cual se habla de tres señores sacerdotes que no deben ser carlistas, en la forma que verá el lector por las líneas que vamos a copiar:

«...Y sobre todo es un delito de lesa ingratitud; ingratos son por cierto, esos tres curas que en Vich se distinguen por su odio al jainismo. Uno es ingrato solamente porque, como he dicho, es un párroco muy tonto y es capaz de creer que los cipayos de Collformich era una especie de cruzados de la fe que fueron sacrificados por confesar a Cristo. El otro párroco es ingrato también, pero además es un camueso que se las lleva. Es de los que prefieren un banquete (un bon dinar) en la masía del señor Pons d las molestias de asistir á sus enfermos moribundos... Este bien mercerá que contemos algo de lo que pasa en su parroquia y que se enteren los que pueden aplicarle las cuarenta. El tercero... el doctor (aquí el nombre del sacerdote, que nosotros omitimos) que cuando la ambición le era desconocida, que cuando el humo de la gloria y de los honores no entenebrece su claro talento, fué un carlistón de cuidado, es ingrato y es á la vez vengativo. El no peca sin saber que peca. Ser anticarlista no será pecado tan grave que merezca los quintos infiernos, pero muy feo ha de ser cuando... no quiere pasar ante ciertas personas por anticarlista».

No ha sido mala la «rociada», ¿eh?

Pues además de esa y a propósito de la sentencia contra *El Liberal*, dicen los nacionalistas á sus ex-amigos:

«Con este título—*Sobre la sentencia*—ha aparecido en *El Correo del Norte* un artículo referente á la famosa sentencia que en Madrid ha dictado el Tribunal Su premo condenando al periódico *El Liberal* por haber publicado una noticia injuriosa, que era además inexacta.

Y en seguida me he acordado echando sobre lo pasado una mirada retrospectiva, de las pesetas que se hubiesen podido arrancar á *El Correo del Norte* y á su antecesor *El Correo de Guipúzcoa*.

¿Cuánto artículo injurioso ha aparecido en esos periódicos! Impotentes para contestar al enemigo político con las armas del raciocinio, han recurrido no una, sino mil veces á las viles y reprobables de la injuria y de la mentira dicha á sabiendas de que era tal.

Todavía no hace muchos días que en el mismo periódico carlista se repetía una vez más, á sabiendas de que es una falsedad injuriosa, que los nacionalistas habían pretendido cambiar el idioma latino que usa la Iglesia en sus actos y ceremonias.

Y si fuésemos á recordar los insultos, las calumnias, las injurias y mentiras sobre la vida privada del enemigo político tenemos labor para rato.

Modere, pues, en lo sucesivo su lengua insultadora, puesto que ya ha quedado trazada la norma para traducir en pesetas los perjuicios ocasionados por la injuria.»

Ahí quedan, retratados «de mano maestra». Y no nos venga el colega por el registro de que empleamos para combatirlo argumentos de otros periódicos. Aparte los que á nosotros nos sobran, es muy edificante y muy digno de ser conocido lo que de ellos dicen los que hasta las últimas elecciones fueron en el «conglomerado» con ellos.

Además de que el sistema lo emplea

muchas veces contra nosotros el mismo colega, y no ha de ser lícito para nosotros lo que es lícito para él.

*La Voz de Guipúzcoa*

San Sebastián

## La prueba de la fe

—Escuche usted, hija mía. Quiero poner su fe á prueba.

—Diga, diga usted, señor cura; por la salvación de mi alma estoy dispuesta á hacer toda clase de sacrificios.

—¡Bravo!

—¿Quiere usted que bautice mi último nene contra la voluntad de mi marido? Pues lo haré.

—Quiero algo más.

—¿Tengo que obligar á mi marido, á fuerza de disputas, á que vaya á misa conmigo? Lo haré.

—Todavía mas.

—¿Tengo que abandonarlo á su herejía é irme de su lado? Lo haré.

—No, hija mía; no pido tanto. Me basta con que abandone usted... ese vestido demasiado ajustado.

—¡Ah, señor cura! ¡Hasta ahí no llega mi fe! ¿Y la moda?

—Si para poner á prueba vuestra fe, ¡oh queridísimos sacerdotes!, un gobierno impío os ofreciese diez mil pesetas anuales á condición de abandonar la sotana ¿lo haríais?

Y contestan á una todos los sacerdotes:

—No; rechazaríamos la proposición.

—¿Podéis jurarlo?

—¡Ah, en cuanto á eso de jurarlo... no podemos!

—Oid, esposas de Jesucristo:

Si el demonio tentador, para poner á prueba vuestra fe, os propusiese abandonar vuestro esposo celestial y aceptar un gran hotel en San Sebastián, con un automóvil y un maridito de carne y hueso ¿qué haríais?

*Silencio en toda la línea.*

GOLIARDO

## CONTRADICCIONES SOCIALES

No podemos afirmar una tendencia moral sin negar otra en alguna manera. Ved de conciliar el culto de la justicia y el respeto ciego de la autoridad, ó realidad en un solo objeto las exigencias rigurosas de esta misma justicia con los mandatos de una hermosa caridad ampliamente comprendida.

Los deberes que exige la patria ¿no son una limitación de los que reclama la familia?

Y estos mismos deberes que arman las naciones y ordenan matar ¿no están en oposición formal con los de una humanidad mejor y más ilustrada?

GABRIEL DROMARD

## Bibliografía

*La Guerra Italo Turca* (1911 1912), por José Brissa.

Es *La Guerra Italo-Turca* una relación completa y detallada de las operaciones militares realizadas por el ejército italiano en la Tripolitania, la Cirenaica y el Mar Egeo desde el 5 de Octubre de 1911, que comenzó la guerra, hasta el 18 de Octubre de 1912, que se firmó la paz.

*La Guerra Italo-Turca* está ilustrada con 235 grabados fotográficos, retratos, planos, mapas, etcétera, y forma un voluminoso libro en 4.º (25 por 16 y medio centímetros) de 688 páginas, impreso en excelente papel satinado y con una artística cubierta al cromo, pintada por M. Navarrete.

Precio: 10 pesetas en rústica y 12 pesetas encuadernado.

## La brujería en Barcelona

por "Fray Gerundio"

Precio: una peseta.

## CIENCIA Y RELIGION

Por Malvert

85 grabados.—Precio, 1 peseta.

## Tarjetas postales

Cuatro colecciones de diez cada una, á 50 céntimos. Tormentos de la Inquisición.

LIBROS Á DOS PESETAS

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñado de ironías», todas por Nakens.

## LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. de Ibarreta

UNA PESETA

## Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten y los buenos perseveren, O SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CÉLEBRES Y ODORÍFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN"

POR

JOSÉ NAKENS

UNA PESETA

## La celda núm. 7

por José Nakens

Precio: DOS pesetas



# Los obispos

por  
ROBERTO ROBERT

aquellos á quienes sustenta, si son sacerdotes, ni á confirmar su elección, pero entonces la Iglesia lo recibía todo con humildad, *atemperándose á las necesidades de los tiempos*, y consentía que se llamase donativo voluntario al dinero que de derecho le pertenecía, y que se llamase derecho del emperador lo que no era sino una usurpación del poder civil sobre ella.

Y aquella humildad de los obispos de Roma llegó hasta el punto de consentir que no pudieran ser elegidos ni consagrados sin que antes se consultara al rey y al gobernador, «ora por efecto de rivalidad política, ora para impedir disensiones.»

Ya en aquel tiempo cundió el error que el ser obispo era una ventaja material.

Al gobernador de Roma Pretextato, le aconsejaba un santo varón que abandonara los ídolos paganos y se convirtiera al culto del verdadero Dios, y el gobernador le contestó con el mayor cinismo:

—Ahora en mi religión me va muy bien con el empleo que desempeño; pero si me nombran obispo, ya lo creo que en seguida me hago de los vuestros.

Respuesta digna de un hombre grosero sin creencias, que parece imposible pudiera existir en aquellos tiempos de fe profunda y de desprecio de las cosas terrenales.

¡Qué diferencia entre el pagano y el católico!

Cristo despreciaba los bienes de la tierra; los primeros cristianos no tenían sobre qué pleitear.

El obispo Marcelo sometió á San Ambrosio la decisión de un pleito que tenía con su hermano y su hermana sobre la propiedad de un territorio; el árbitro adjudicó las tierras al hermano y el usufructo á la hermana, dejando al obispo la gloria de un perfecto desinterés.

Un hombre de mala fe pidió prestadas al patriarca de Alejandria veinte libras y luego negó la deuda. Los oficiales de la Iglesia querían perseguirle creyendo que un impostor no debía disfrutar de los bienes que podían ser distribuidos entre los pobres; pero el santo obispo detuvo á los perseguidores diciéndoles: «que si recobraban por la fuerza lo que había prestado, distribuyéndolo á los pobres, no cumpliría más que uno de los mandatos de Jesucristo, pero violaría dos: el primero demostrando impaciencia al sufrir algún perjuicio, y el segundo desobedeciendo á Nuestro Señor, que dice que no se vuelva á pedir lo que nos han quitado.»

César Cantú, á quien seguiremos generalmente en este capítulo, describe en magníficos rasgos la vida del episcopado y su influencia en tiempos de Carlomagno, y aunque sea anticipar la noticia y después tenga que volver atrás para proceder con el orden debido en la materia, no puedo resistir el deseo de copiarlo en seguida.

«Entonces, dice, el obispo lo hace todo; bautiza, confiesa, impone las penitencias públicas y privadas, fulmina la excomunión y releva de ella, visita á los enfermos, reza por los muertos, rescata á los cautivos, alimenta á los pobres, á los huérfanos y á las viudas, funda hospicios y hospitales, administra los bienes de su clero, falla como árbitro y conciliador, publica tratados de moral, disciplina y teología, sostiene controversias con los filósofos y los herejes, se aplica á las ciencias y á la historia, responde á las preguntas que le hacen otros obispos, las iglesias, los monjes y los particulares, asiste á los Concilios, se reviste del carácter de embañador, interviene con los bárbaros y los usurpadores para apaciguarlos; en suma: reúne la influencia del filósofo á la autoridad política y religiosa.»

¿Verdad que es bonito párrafo?

Volviendo, pues, al punto donde estábamos, no debemos negar que San León tuvo que reprender á los susodichos obispos porque bautizaban fuera de tiempo y eran causa de escándalos obligando á los fieles á hacer confesiones públicas, todo nacido de un buen celo, pero que daba origen á grandes peloterías, como comprenderá el impío lector; pues á lo más sublime de la confesión, descubría un ciudadano que el pecado de que se acusaba el penitente lo había cometido en participación con su mujer ó su hermana.

El mismo santo prohibió que ninguna mujer se hiciese monja antes de haber cumplido cuarenta años de edad, en lo cual anduvo como discreto y experimentado; pues si bien entonces la fe y el candor y la pureza eran muy grandes, se había visto que las monjas se cansaban de serlo; no tenían toda la maña católica necesaria para ahogar sus pasiones, y resultaba de ello uno que otro pecado; no muchos, no, poquitos; pero los suficientes para que se tomase por el poder supremo una disposición general que alcanzara á toda la Iglesia de Occidente cuando menos.

Al mismo tiempo que los obispos eran reprendidos por su demasiado celo, ellos á su vez reprendían sin descanso y batallaban contra las herejías, que en aquel tiempo de puras creencias fueron numerosas y potentes; pero no perjudiciales, sino al contrario.

Obsérvese con qué claridad se ve que los tiempos pasados fueron excelentes,

cuando se cierran los ojos á la insana razón.

Si hay un período tranquilo, todos los historiadores católicos convienen en lo mismo. ¡Qué paz! ¡Qué hermandad! ¡Qué evangélica gloria! ¡Qué divina unión de sentimientos y creencias! Esta es la prueba de la divinidad de nuestra religión.

¿Se trata de un período de herejías? ¡Qué gloria también! ¡Qué triunfo! Las herejías son un don del cielo, «pues representan aquella guerra necesaria al mundo entre el bien y el mal, en que las pasiones emplean la fuerza y el error hace uso del sofisma;» ¡prueba evidente de la divinidad de nuestra religión!

«Dos cuidados principales (dice Cantú) ocupaban á los sucesores de San Pedro: propagar el Evangelio y conservar la pureza de la tradición.»

No importa que en el modo de elegir se hubiesen separado materialmente de la tradición; no importa que en vez de abandonar sus bienes como los primeros apóstoles, hicieran obligatorios los tributos y se convirtiesen en grandes propietarios; nada de lo que hicieron importa; todo ello significa que si San Pedro hubiese vivido muchos siglos, poco á poco habría hecho lo que fueron haciendo los obispos.

Por deseo de conservar la tradición y de propagar el Evangelio, el obispo de Constantinopla, que se llamó Nestorio, persiguió con encarnizamiento á los arrianos, y propuso que no se llamase á la Virgen María madre de Dios, sino madre de un hombre.

Los demás obispos querían contradecirle desde luego; pero como el emperador protegía mucho al obispo de Constantinopla, los demás no se atrevieron á abrir los labios, porque eran tan bien criados y humildes que no querían ponerse mal con la justicia.

Si hubiesen hecho lo contrario, habrían sido héroes; pero no es menos digno de loa un obispo cuando hace un acto de heroísmo que cuando lo hace de sumisión.

Lo que hay que procurar es ser obispo; después no hay cuidado, que todo lo que se hace fácilmente se aplica á cualquiera virtud.

Ya que los obispos no chistaban contra el que había negado que María fuese madre de Dios, un pobre abogado que se llamaba Eusebio y era uno de esos buenos varones capaces de tomar por lo serio un punto semejante, salió á contradecir á Nestorio.

Como el abogado no era sacerdote, sacerdotes y obispos levantaron el grito contra aquel entrometido que sin ser

(Continúa).

Imp. de Domingo Blanco, Libertad, 21.—Madrid.